

DOMINGO III DE CUARESMA (A)
Homilía del P. Bonifaci Tordera, monje de Montserrat
19 de marzo de 2017
Ex 17,37; Rom 5, 1-2. 5-8; Jn 4,5 42

La página magistral que hemos escuchado del Evangelio ha sido elegida litúrgicamente como preparación al Bautismo de los neófitos. En ella se muestran los pasos para llegar al bautismo. Hagamos un pequeño repaso para darnos cuenta de su dinámica.

Jesús, cansado del camino, al mediodía se sienta junto al pozo de Jacob, donde fluía, en su fondo, una corriente subterránea. Llega una mujer samaritana -no podía haber tratos entre judíos y samaritanos porque eran considerados cismáticos, un pueblo mezclado de extranjeros y que no practicaba el estricto cumplimiento de la Ley que habían prescrito los judíos cuando regresaron del exilio-. Jesús rompe tabúes, se acerca a los pecadores y pide a la mujer que le dé agua. Ella se retrae. Pero él se anticipa a ofrecerle un agua viva, que le apagará la sed. Y la mujer le pide. Pero él le exige que traiga antes a su marido. Pero, "no tengo", le dice. Y Jesús la descubre: has tenido cinco, y el actual no lo es. Jesús exige, antes del Bautismo, que reconozcamos nuestros pecados. Descubierta, reconoce que es un profeta, y le pregunta si se debe adorar a Dios en Garizim o en Jerusalén. Y Jesús le revela que en ninguno de los dos sitios, porque Dios es Espíritu y se debe adorarlo en espíritu y en verdad. En esto, revela que los cristianos serán liberados de un lugar concreto para adorar a Dios, ya que serán templos del Espíritu, ellos mismos. Esto es lo que hará el Bautismo. La mujer, entonces, expresa la fe de una esperanza en el Mesías futuro, que deberá revelarlo. Y Jesús afirma: "Soy yo, el que habla contigo". Es la revelación final: "Soy yo" evoca la aparición de Dios a Moisés en el Sinaí, y "el que habla contigo" confirma que él es la Palabra de Dios. La mujer va a toda prisa hacia el pueblo a anunciar la presencia de "un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho: ¿será éste el Mesías?". Y todo el mundo va al encuentro de Jesús para confirmarlo. Y Jesús se queda dos días con ellos y les convence a todos, porque "nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo". Esta es la confesión final, que también tendrán que hacer los neófitos antes de recibir el Bautismo.

De la sed física de Jesús hemos pasado a la sed de ver crecer la cosecha. Y este era el alimento de Jesús: ver crecer a los creyentes del Padre, ver crecer el Reino, ver crecer a los hijos de Dios, sus seguidores.

Nosotros, seguramente, no hemos tenido que hacer todo este recorrido para llegar a la fe en Jesús, porque fuimos bautizados de pequeños, inconscientes, y luego instruidos. Pero, ¿de mayores, y hasta ahora, buscamos forjar esta fe en el contacto personal con Jesús? ¿Lo buscamos en el estudio de la Escritura, en la oración, en la participación en los sacramentos? Cristo se acerca a nosotros, pero ¿nosotros nos dejamos acercar? ¿O, tal vez, incluso le rehuimos?

El tiempo de Cuaresma debe ser la ocasión propicia para intensificar y profundizar nuestra relación de comunión con Jesús, en el Espíritu y bajo la mano bondadosa del Padre del cielo.